

# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 42 | AGOSTO 2007

**Carlos Monsiváis**  
Sobre Pedro Lemebel

**Javier Wimer**  
Prehistoria de Carlos Fuentes

**Adolfo Castañón**  
Sobre Pellicer

**Federico Patán**  
Cinco minificciones

**Federico Campbell**  
Sobre Ranulfo Romo

**Francisco Prieto**  
Ortega y Gasset y los toros

**Mauricio Molina**  
La escritura de los insectos

**Edith Negrín**  
Sobre Margit Frenk

**Alberto Blanco**  
**Josu Landa**  
Poemas

**Hernán Lavín Cerda**  
Sobre Rosario Castellanos

**Reportaje gráfico**  
Isabel Leñero

**Juan Ramón de la Fuente**  
El español, instrumento de  
integración iberoamericana

# Quince minutos de *Hora de junio*

Adolfo Castañón

*A setenta años de la publicación de Hora de junio de Carlos Pellicer, su obra ha alcanzado el rango que le corresponde como una de las voces fundamentales de la poesía en nuestra lengua. Adolfo Castañón nos ofrece una exploración de la poesía del gran poeta tabasqueño.*



Carlos Pellicer

*Para Carlos Pellicer López, en prenda de alta estima*

En 1976 vi —una forma epidérmica de conocer, de *tocar* con la mirada— a Carlos Pellicer (1899-1977) con motivo de la publicación de *Esquemas para una oda tropical*<sup>1</sup> en el Fondo de Cultura Económica auspiciada por Alba Rojo y Jaime García Terrés. Tendría yo unos veintiséis años y el poeta andaría acercándose a los ochenta, y moriría menos de un año después.

Estaba rapado, iba vestido de punta en blanco y tenía un aire impecable y limpio. Parecía una serpiente albina sin edad, y sus ojos fijos se movían rara vez, pero a gran velocidad. Se puso a leer el poema con alzada voz teatral que iba poblando la sala de ecos y presencias. Lo

que más me impresionó fue su palabra. Pellicer hablaba a mis oídos una lengua nunca oída, un idioma sutil y sustantivo que yo atendía sin entender, y por así decir, miraba sin comprender. Subía y bajaba la voz, se encogía y estiraba y miraba al auditorio desde una distancia inmemorial, inconcebible como la mirada que hubiere lanzado una escultura griega o una cabeza olmeca. Parecía un dios en el exilio.

Aquello que salía de su voz no era el destilado expresivo habitual que nos va adormeciendo. Fluía de sus labios una fulgurante savia opalina que —insisto— yo oía sin lograr entender del todo, pero que me hipnotizaba como, supongo, *svengalizaba*<sup>2</sup> a los demás. Ahí

<sup>1</sup> Carlos Pellicer, *Esquemas para una oda tropical*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, 39 pp.

<sup>2</sup> Svengali es el nombre de un personaje de una película de 1931. Se trata de un profesor de música que utiliza en todos los sentidos a las mujeres y las controla por medio de ciertos poderes hipnóticos y telepáticos.

estaba ante nosotros, irguiéndose como una vrbora alrededor del árbol de las palabras el amigo de Jorge Cuesta —a quien estaba dedicado aquel “Esquemas para una oda tropical” publicado originalmente en 1937 por las fugaces Ediciones Hipocampo al cuidado del poeta Xavier Villaurrutia, el mismo año en que el poeta se había trasladado junto con Silvestre Revueltas, Octavio Paz y otros escritores mexicanos a la ciudad española de Valencia donde se celebró el Congreso Internacional de Escritores Anti-fascistas. (No dejo de pensar en el aparente contraste dramático entre el ambiente de aquel Congreso y la atmósfera del poema. Digo aparente pues, por lo que se desprende de las crónicas de la época, las memorias de algunos protagonistas y la reconstrucción arqueológica que hace Guillermo Sheridan en su imprescindible *Poeta con paisaje*. Ensayo sobre la vida de Octavio Paz (2004), aquel Congreso fue tan selvático y estuvo tan poblado de lianas como las odas intactas de Pellicer). Por cierto, el mismo Carlos Pellicer recordó que:

Al regresar a México, en la tercera clase de un barco francés, el maestro Silvestre Revueltas (...) me preguntó si no tenía yo a la mano un libro mío. Sí lo tenía. Era un ejemplar de *Hora de junio*, de reciente publicación; se lo regalé, y poco después de nuestro regreso me telefonó un día para decirme que había compuesto una obra para pequeña orquesta inspirada en tres sonetos que mucho le gustaron de ese libro. Está considerada, para alegría mía y honor mío, como una de sus obras más importantes; se leen los tres sonetos alternando en forma irregular con la orquesta. Hace algunos años invitaron al maestro Limantour a presentar una obra mexicana en la Sala de Música del Museo de Arte Moderno de Nueva York y escogió esa obra de Revueltas. Yo fui el lector. La obra mereció los mayores elogios de los críticos especializados.<sup>3</sup>

Otra cosa que me llamaba la atención de su persona era la elasticidad de sus movimientos, la velocidad de esos gestos que contrastaba con la ceremoniosa parsimonia de la dicción. En un texto que el propio poeta preparó para la presentación del libro pero que permaneció muchos años inédito, expresó:

<sup>3</sup> Samuel Gordon, *Carlos Pellicer. Breve biografía literaria*, Ediciones del Equilibrista y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1997, pp. 63-64.

Mi libro de poemas *Hora de Junio (sic)* representa años de labor. La coherencia del conjunto ha sido más espontánea y es acaso mi mejor mérito. Con excepción de *Díos marinos* y *Retórica del paisaje* calculados más o menos desde el primero hasta el último verso, los demás poemas son puro arrebató con mayor o menor intensidad, inclusive los sonetos. Sobre dos poemas fuertes: “Esquemas para una oda tropical” y “La voz”, reposa un arco problemático de temas diversos conjugados con otro —interior— sonetos que se refieren, casi todos, a un desastre sentimental. El libro abarca ambiciosamente, casi todos los temas de la poesía (...). El noventa y cinco por ciento de los versos de *Hora de Junio* son endecasílabos tratados libremente en lo que se refiere a las consonancias o asonancias y libertad sólo se encuentra cuando los problemas técnicos fundamentales se han resuelto definitivamente.<sup>4</sup>

Ese hombre-serpiente, no exento de ciertos aires deportivos como de nadador o de piloto de aviación, era un “poeta de la revolución” como ha señalado Gabriel Zaid.

No sólo lo era por haber acompañado al legendario José Vasconcelos en sus viajes por América<sup>6</sup> o por haber colaborado en sus propuestas editoriales, o por haber trabajado en las sobrias y mesiánicas misiones diplomáticas del México todavía convaleciente de sus fiebres insurgentes y revolucionarias. Lo era por su cristalino optimismo cristiano, por sus amistades —Diego Rivera, José Vasconcelos, Silvestre Revueltas, Jorge Cuesta, Xavier

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 62-63.

<sup>5</sup> “Tres jóvenes poetas, que bien pudieran llamarse de la Revolución, con la misma latitud con que se habla de novelistas de la Revolución iban a romper, cada uno a su modo, el cerco de esa estrecha definición nacional, y a encarnar nuevos personajes poéticos: Ramón López Velarde (1888-1977), Alfonso Reyes (1889-1959) y Carlos Pellicer (1899-1977), precedidos por un poeta veterano que rejuveneció los poemas de Juan Tablada (1871-1945)”. “Pellicer busca su patria fuera y halla esta firme en la plataforma del continente. Mucho antes que Neruda, empieza a cantar los puertos y las playas de América. Vive en Colombia y Venezuela, de 1918 a 1920, enviado como líder estudiantil por el Gobierno de Carranza. En 1922 acompaña por América a Vasconcelos, quien prolonga más tarde su segundo libro (*Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano*, 1924): ‘Pertenece Carlos Pellicer a la nueva familia internacional que tiene por patria al continente y por estirpe la gente que habla española’”. Gabriel Zaid en *Carlos Pellicer. Antología*, México, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, pp. 8-10.

<sup>6</sup> Carlos Pellicer, *Piedra de sacrificios. Poema Iberoamericano 1924* (Prólogo de José Vasconcelos) Ediciones del Equilibrista, México, 1993, p. 7.

Pellicer hablaba a mis oídos una lengua nunca oída, un idioma sutil y sustantivo que yo atendía sin entender, y por así decir, miraba sin comprender.